

Integración y cooperación subregional en el Mediterráneo Occidental: las relaciones entre la Unión Europea y el Magreb

Primera intervención

Lluís M. De Puig*

Hemos escogido tratar un tema tan concreto como es el de las relaciones entre la UE y el Magreb porque creemos que estas relaciones normalmente se enmarcan en un ámbito mucho más amplio, el de la cuenca mediterránea, e incluso más allá, el de la relación entre Europa y el mundo árabe y, si se quiere, el de las relaciones entre Occidente y el mundo islámico, entendido éste como cultura y tradición, además de, en algún caso, como religión. Creemos que este tipo de relaciones también deben hacerse necesariamente en un plano más simple y directo. Es decir, además de tener un proyecto amplio y global, hay que tratar el tema desde un punto de vista regional e incluso subregional, al objeto de poder hablar directamente desde las entidades regionales que existan y, desde luego, con los estados. Cuando en otro momento he afirmado no estar seguro de que el Proceso Euromediterráneo de Barcelona sea un proyecto, me refería a que no es el mismo proyecto global para cada país europeo.

Además de todo lo que pasa en el Sur, me preocupa la división europea respecto a la relación con este Sur, y más concretamente con el Magreb. Porque, ¿cómo es posible que haya un proyecto de relación europea con el Magreb si los europeos no estamos de acuerdo sobre el tema? Algunos de los países más importantes de la UE tienen posiciones distintas con respecto a sus relaciones bilaterales, y ello puede quizás dificultar acuerdos. Además, sus posiciones hacia algunos conflictos –en el caso del Magreb, el conflicto del Sáhara– presentan divisiones muy importantes. En este sentido, ¿cómo vamos a proyectar de verdad una política de relación Europa-Magreb si no tenemos una política común con ese Magreb?

No sé si puede llegar a haber un conflicto entre Argelia y Marruecos a causa del Sáhara. Mas bien yo creo que no lo habrá, sin embargo me preocupa lo que ha sucedido en las últimas semanas, es decir, las diferencias que se han manifestado entre euro-

peos respecto a la solución del Sáhara. En este momento, aún me pregunto cuál es la posición de cada uno. Respecto a la postura del Gobierno español, me gustaría saber si ésta ha cambiado. Hemos leído una declaración muy importante del ministro de Asuntos Exteriores, Josep Piqué, diciendo que el referéndum es imposible. Esto representa un cambio en relación a la posición de España con respecto a otros países europeos y revela que, en esa materia, no estamos tan de acuerdo como deberíamos estar. Y seguramente será muy difícil que tengamos una actuación eficaz y seria con el Magreb si antes no nos ponemos de acuerdo entre nosotros.

Por último, me gustaría decir que en materia de seguridad hay una experiencia que no deberíamos dejar caer en saco roto. Me refiero a la labor de la Unión Europea Occidental (UEO) que, con toda su modestia, a partir de un cierto momento organizó un diálogo con los países del Magreb. Y lo hizo porque estos países se pusieron muy nerviosos cuando creamos el Eurofor y el Euromarfor, que ellos interpretaron como una amenaza. Entonces se abrió un diálogo que ha dado de sí infinitas reuniones, sin resultados espectaculares pero que significaron el inicio del diálogo sobre temas sensibles y sobre las posibles medidas de confianza, etc. En este sentido, creo que deberíamos, en el marco del Proceso de Barcelona, potenciar el diálogo en materia de seguridad con los países del Magreb. Creo que es necesario, y establecer ese compromiso seguramente sería la mejor de todas las medidas de confianza posible.

Segunda intervención

Fouad Ammor*

El tema de las relaciones entre la Unión Europea y el Magreb es de candente actualidad, como mínimo por dos razones: a) las consecuencias del 11 de septiembre nos obligan a no bajar la guardia en cuanto a los postulados de base de nuestra cooperación en la región mediterránea; y b) las relaciones entre Marruecos y España atraviesan por un momento difícil como consecuencia de una notable incompreensión relativa, en particular, al capítulo de la pesca.

Para abordar el tema central de este apartado, es decir, la “Integración y cooperación subregional en el Mediterráneo Occidental: las relaciones entre la UE y el Magreb”, es importante que delimitemos con precisión tres términos.

El término Magreb: ¿Qué es el Magreb?

¿Hay que conjugar Magreb en singular o en plural? (¿Hay uno o varios Magreb?) ¿Se trata de un espacio geográfico? (¿Forma parte Mauritania del Magreb?) ¿Se trata de una realidad histórica? (¿A partir de qué momento empieza esa historia y cuándo se afirma?) ¿Se trata de un sueño? ¿Es una esperanza? ¿De quién? ¿Se trata de la condición de una determinada estabilidad en la región?

Sea como fuere, es necesario constatar que, en la actualidad, dicha entidad se encuentra en un punto muerto. Los intercambios entre los países de la región, que nunca han superado el umbral del 4%, jamás habían registrado un nivel tan bajo como el actual. Tras algunos años de tregua, las tensiones han aflorado de nuevo en los tres últimos años: la cuestión del Sáhara, cuya naturaleza marroquí ha demostrado claramente el Tribunal Internacional de La Haya, sigue siendo la manzana de la discordia entre Argelia y Marruecos. Libia le da la espalda al Magreb y se vuelve decididamente hacia África (¡Unida!). Esta situación ha llevado a los países ribereños del Mediterráneo a actuar de forma dispersa y a que cada uno

*Investigador, Groupement d'Etudes et de Recherches sur la Méditerranée (GERM), Marruecos

intente solucionar sus problemas como le parece, aunque sea a expensas de sus intereses futuros y de sus vecinos. Cabría preguntarse si la constitución de un verdadero Magreb no pasa antes por su integración en el espacio euromediterráneo, como paso previo a una consolidación intermagrebí. Un conjunto de factores parece corroborar esta tendencia.

El término Unión Europea.

¿Cómo se percibe a la UE en el sur del Mediterráneo?

Se percibe como una entidad homogénea, madura, que ha sido capaz de superar su cerrado nacionalismo, para prepararse, verdaderamente, frente a los retos de la globalización. Sin embargo, aunque estos logros son dignos de alabanza, no deja de ser cierto que la UE está cerrándose al resto del mundo y, más concretamente, a las múltiples y numerosas presiones de los países de la orilla meridional del Mediterráneo. La UE sigue defendiendo firmemente sus privilegios, permanece, en gran medida, ajena al impacto de la brecha cada vez más profunda que la separa del resto de la región.

Sus relaciones con Estados Unidos se ven mancilladas por una gran ambivalencia, como se pone de manifiesto en el marco de un gran número de problemas a escala del Mediterráneo. Hemos presenciado ésto en Kosovo, lo hemos presenciado con Chipre, y en relación con el problema israelo-árabe (o israelo-palestino, según la perspectiva en la que nos situemos). En ocasiones, Europa se muestra muy tímida frente a determinados problemas y, en ocasiones, se atreve a actuar. En cualquier caso, y se diga lo que se diga, la UE constituye, sin duda, un modelo de desarrollo capaz de demostrar permanentemente que sus cimientos son sólidos y perennes. La puesta en circulación de la moneda única, el euro, es una prueba tangible e indiscutible de la madurez de una Europa monetaria y, por lo tanto, política. En efecto, por primera vez en la historia de la humanidad, algunos países, algunos Estados-nación, por voluntad propia, ceden una parte de su soberanía a una entidad aún por construir. Esto no habría sido posible sin una verdadera democracia y sin una visión a medio y largo plazo de los intereses en juego. La democracia se caracteriza por la alternancia de los poderes y por el tránsito de los que toman las decisiones y, por consiguiente, por tener proyección de futuro. Europa ha comprendido que la soberanía, en su acepción tradicional, y sus signos externos corresponden más a un pasado reciente caduco que a un porvenir prometedor, lo que hace necesario preparar ese porvenir antes de que éste imponga sus propias reglas. Los países de la orilla meridional del Mediterráneo carecen, precisamente, de esa visión teleológica.

El término cooperación/integración

Mientras que por cooperación entendemos casi exclusivamente intercambios comerciales, por el contrario, si queremos ser rigurosos en el plano semántico, la integración hace referencia a un proceso normalmente ascendente, cuya primera fase es la zona de libre

comercio. Se trata de la fase cero de una verdadera integración, después de la cual viene la unión aduanera, seguida de la unión económica y, finalmente, de la unión política.

En lo que se refiere a las relaciones entre la UE y el Magreb, en los convenios firmados, de forma separada e individual, entre los países de la región y la UE, se menciona que se instaurará una zona de libre comercio en el año 2010. La reducción gradual de los derechos aduaneros “genera”, en la actualidad, una falta de ganancias para los países del Magreb, en particular para Marruecos y Túnez, estimado en decenas de millones de euros, y presenta numerosas restricciones relacionadas con dos ámbitos fundamentales: el capítulo agrícola y la circulación de personas. La fecha prevista para la instauración de la zona de libre comercio es el año 2010, pero nadie habla del horizonte temporal que se perfilará a partir de esa fecha, ni de las verdaderas consecuencias que la zona de libre comercio (ZLC) tendrá en el plano social. En nuestro país, se cita a menudo la metáfora de los tres tercios, pero dicha teoría está por comprobar: con la instauración de la ZLC, una tercera parte de las empresas se hundirá, una tercera parte irá tirando, y sólo el tercio restante dispondrá de los medios para hacer frente a la competencia y a la competencia de los mastodontes europeos. Esta lectura de un porvenir euromediterráneo próximo ha generado no sólo euroescépticos, sin también “magreboescépticos”, en lo que se refiere a la capacidad y a la posibilidad de los países del Magreb para responder a su compromiso en el año 2010.

Estoy convencido de que la Declaración de Barcelona de 1995 constituye un momento crucial en lo referente a la Asociación Euromediterránea. Se trata, de hecho, de la culminación de un largo proceso de cooperación y de asociación con una firme voluntad de ser duradero.

En mi opinión, los acuerdos de Barcelona han tenido un impacto psico-sociológico muy importante sobre los actores socioeconómicos de la orilla meridional del Mediterráneo. Porque, por primera vez, estos acuerdos han llevado a los países de la orilla meridional a reflexionar, seriamente, sobre su porvenir. A título de ejemplo, justo después de los acuerdos de 1995, el rey de Marruecos, el difunto Hassan II, solicitó por primera vez al Banco Mundial un estudio sobre la situación económica y social de Marruecos. Las conclusiones de este estudio supusieron un auténtico cataclismo en el panorama político marroquí: el informe señalaba tres cuellos de botella:

- 1) Una administración vetusta, devoradora de presupuestos, limitadora de toda iniciativa de cambio y de modernización;
- 2) Una justicia coja y superada;
- 3) Un sistema educativo en equilibrio precario respecto a las exigencias de hoy y, con mayor motivo todavía, a las del futuro.

Todo este trájín se debe en gran parte a la Carta de Barcelona que, muy probablemente, facilitó el advenimiento de un Gobierno de alternancia en Marruecos en marzo de 1998.

En segundo lugar, los acuerdos de Barcelona –y ahí radica su dimensión paradójica– han insistido demasiado en la estabilidad y en la seguridad de la región, a expensas de otros capítulos de la cooperación regional. La obsesión por la seguridad ha amparado prácticas democráticamente cuestionables de los países de la orilla meridional del Mediterráneo ante las que los países de la UE han hecho la vista gorda. Es fácil detectar dichas prácticas en Argelia y en Túnez. ¿A qué coste se mantiene una cierta apariencia de estabilidad? ¿Hasta qué punto la UE asume o no estos compromisos, en lo que se refiere a los tres ejes principales de la Declaración de Barcelona? Marruecos, fundamentalmente desde 1998, ha emprendido una primera experiencia única en su historia, la instauración del Gobierno de alternancia. Por primera vez, opositores que se encontraban en prisión o en el exilio están al mando, con determinadas restricciones en cuanto a su margen de maniobra (debido a la presencia de cuatro ministerios denominados de soberanía que dependen directamente del rey: Interior, Asuntos Exteriores, Asuntos Islámicos y Justicia). Pero, se diga lo que se diga, no deja de ser cierto que esta experiencia marroquí ha sido, hasta la fecha, poco analizada y poco evaluada por la UE. El nuevo monarca ha emprendido y ha impulsado, desde su coronación, un determinado número de iniciativas, en particular en el ámbito social, a favor de las capas vulnerables. La Fundación Mohammed V, que preside el soberano, actúa efectivamente en un ámbito en el que la competencia con los movimientos islámicos es tan indirecta como fuerte. Con toda objetividad, la iniciativa marroquí supone una experiencia en la vía democrática que la UE debería fomentar y apoyar. La UE debe asumir sus responsabilidades en lo referente a la cuestión de lo que se ha dado en llamar el *Sáhara Occidental*. A este respecto, la estabilidad de la región mediterránea pasa, en gran medida, por resolver este contencioso.

En mi opinión, España, por ejemplo, adopta posiciones que no contribuyen a la estabilidad en la región. Lo digo a título personal, no represento a nadie, pero cuando paso revista a la posición de España, que asume en el primer semestre del 2002 la presidencia de turno de la UE, y después probablemente la presidencia del Consejo de Administración durante dos años, me siento obligado a hacerme algunas preguntas: ¿Debe España seguir culpabilizándose con respecto al Polisario, al que avaló en 1974? ¿No es cierto que desde entonces, 26 años después, el mapa geopolítico y geoestratégico del mundo debería llevar a una revisión de las posiciones previamente adoptadas? ¿Es necesaria para la estabilidad de la región otra entidad económicamente inviable y políticamente incierta?

En la era de la globalización, de la constitución de grandes conjuntos regionales, España adopta una actitud que me parece poco sólida respecto a las exigencias de la región y al espíritu de los tiempos. En relación con los problemas de la pesca, de la inmigración, España sigue teniendo actitudes y comportamientos que tienen poco en cuenta las exigencias del futuro de la región y de la Asociación Euromediterránea.

¿Cuáles son los grandes retos a los que tienen que enfrentarse tanto los países del sur como los países del norte del Mediterráneo en los próximos años? (I) Una población joven en aumento, con muchas aspiraciones, pero con horizontes prácticamente cerrados. (II) Un desempleo galopante. (III) Una atracción ejercida por Europa, a través de los medios de comunicación, conjugada con un fuerte rechazo frente a los países de origen (¡las últimas estimaciones del número de antenas parabólicas en Marruecos adelantan la cifra de 500.000!) Estos medios de comunicación alimentan, continuamente, estereotipos, clichés sobre la vida en Europa y sobre ese *El Dorado* al alcance de la mano. (IV) Un déficit social galopante que afecta a capas cada vez más amplias de la población, candidatas a la vulnerabilidad y a la precariedad. Se dan los ingredientes para que surjan todo tipo de radicalismos. (V) Un déficit en términos de gobernanza y de democracia, frente al dinamismo y a la aspiración por parte de los actores de la sociedad civil a una mayor implicación en el destino común de la región. La dinámica asociativa en los países del Magreb es una realidad tangible en estos últimos años, tanto en el plano cualitativo (el alcance de los ámbitos de intervención) como en el plano cuantitativo (las estimaciones más fiables del número de ONG son de 30.000 en Marruecos, de 24.000 en Argelia y de 6.000 en Túnez).

Para terminar, la salvación, la estabilidad y la prosperidad de la región mediterránea radican en reducir las brechas entre los diferentes elementos que la componen y en una contribución más profunda de la sinergia cívica y de la buena gobernanza democrática.

Tercera intervención

General Félix Sanz*

Creo que la mejor aportación que podría hacer a este debate es explicar un poco las relaciones entre la UE y el Magreb, pero bajando al terreno de lo cotidiano. Como General del Ejército español, y destinado al Ministerio de Defensa, supongo que esperan que me centre en lo relativo a seguridad y defensa.

De entrada debo decir que, en este sentido, las relaciones progresan poco, y los motivos para ello son varios. En primer lugar, como he afirmado en otras ocasiones, han existido y aún existen demasiados foros de diálogo, y todos ellos de más que dudosa eficacia. Hemos hablado del diálogo mediterráneo de la OTAN, del diálogo mediterráneo de la UE, del diálogo mediterráneo de la Unión Europea Occidental (UEO), del diálogo mediterráneo de la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), y podría seguir nombrando otros más. La realidad es que todos se han mostrado poco útiles. España ha mantenido diálogos bilaterales con los países del norte de África, al menos con periodicidad más que notable en los últimos cinco años, aproximadamente, que son los que yo llevo en el Ministerio. Conozco, pues, lo dispuesto en estas reuniones porque, aunque no he sido protagonista, sí he estado próximo a las personas que tomaron parte en ellas. Y nos ha parecido descubrir que los países del diálogo –así les llamamos–, los países del Magreb, siempre han querido hablar sobre el tema de la seguridad en el seno de la OTAN, ya que esta organización también integra a los Estados Unidos de América. En cambio, sobre los temas de desarrollo económico, político, social, etc. lo han querido hacer en el de la UE, dentro del Proceso de Barcelona. Y, en su momento, consideramos que ésta era una formulación aceptable, puesto que no se pueden mantener de forma simultánea seis o siete diálogos a la vez. Es decir, se habla de seguridad en la OTAN y de desarrollo político, económico, social, cultural, etc. en el Proceso de Barcelona. Sin embargo, la realidad es que esta idea de diálogo, que hemos mantenido durante muchos años, encuentra muchas dificultades para implementarse en ambos foros.

*Subdirector, Dirección General de Política de Defensa, Ministerio de Defensa, España.

En la OTAN, a pesar de que el lenguaje de las declaraciones del nuevo concepto estratégico favorece al desarrollo del diálogo en el Mediterráneo, vemos como la formulación es grandilocuente, pero la realidad parca. Los datos más recientes de los que dispongo son los siguientes: la OTAN gasta en el diálogo Mediterráneo 160.000 euros, aproximadamente. Hay que comparar esta cifra con el presupuesto de la OTAN, que es altísimo, y con la cantidad que gasta en la Asociación para la Paz. En este proyecto el presupuesto del que se dispone es 10 veces mayor, y eso que tampoco es una cantidad exorbitante. En este sentido, hay que reconocer que en la OTAN no estamos teniendo mucho éxito. Y en la UE el tema del diálogo sobre seguridad ni se trata. Tenemos un ejemplo de ello en la exposición de Santiago Martínez-Caro, en la que al referirse a las posibilidades que ofrece el Proceso de Barcelona ni siquiera menciona los temas de la seguridad y la defensa.

A las dificultades de tratar estos temas en el seno de la OTAN y en la UE hay que añadir un tercer aspecto que me parece que es de suma importancia y que tampoco se ha sacado a colación. Y es que no se ha visto ninguna iniciativa por parte de los países del norte de África para escucharnos en materia de seguridad y defensa. Yo he ido muchas veces a esta zona, en representación bien de la OTAN bien de la UE, para hablarles de seguridad y defensa, pero nunca me han prestado atención. Entonces, ¿cómo se puede hablar si los interlocutores no quieren hablar? Las razones no las voy a aventurar, pero la realidad es que como los sistemas de decisión política en estos países están muy centralizados, se tarda mucho en la toma de decisiones. Con todo, la verdad es que todavía no hemos sido capaces de articular un diálogo. Pero, a pesar de todas estas dificultades, hemos querido seguir impulsando el diálogo mediterráneo en la OTAN y llenar de contenido la cesta de seguridad y defensa del Proceso de Barcelona.

Los hechos posteriores a los atentados del 11 de septiembre nos han indicado que la política que seguimos no estaba demasiado equivocada. Por primera vez en la historia de la Alianza se ha reunido, el 22 de octubre del 2001 en Barcelona, el grupo 19+7 y además a un nivel adecuado: los propios embajadores de los países de la Alianza ante el Consejo del Atlántico Norte (CAN), y los embajadores de los países interesados en el diálogo. Primero, a 19+1 han discutido ampliamente un documento presentado por el Policy Coordination Group, y después han discutido a 19+7, y han sacado unas conclusiones realmente curiosas. Por ejemplo, han identificado muchos campos donde es posible la participación de todos para progresar en estos temas, como son los de la ayuda humanitaria, la gestión de crisis, el desminado, la definición de estrategias y, uno especialmente significativo a día de hoy, el llamado Armas de Destrucción Masiva. Nadie de los 7, y por supuesto ninguno de los 19, se ha opuesto a que este tema y su conexión con el terrorismo sean tratados en el formato 19+7. Y aún hay más. Se progresará sobre este formato, y entre las iniciativas figura una extraordinariamente importante: la reunión del CAN +9, pero con doble presidencia, un país de la Alianza y un país de los 7, en el mismo formato que se ha seguido hasta ahora, como en el Grupo de Alto Nivel sobre Proliferación, y en muchos otros grupos de la Alianza que cuentan con una doble pre-

sidencia. Esto es una buena noticia, y por aquí se puede seguir. Y la Alianza ha dicho algo que es especialmente importante: que los temas de seguridad, únicamente tratados en la OTAN, no tienen una interpretación suficientemente clara en muchos ámbitos y, por lo tanto, se busca establecer un foro complementario a éste en el seno de la OSCE, y un diálogo fructífero en materia de seguridad con el norte de África entre la OTAN y la UE.

Mientras, ¿qué ha hecho la UE? Realmente poco. En este sentido, la presidencia española de la Unión es una ocasión importante para que esa idea inicial de hablar de seguridad y defensa en dos foros se pueda poner en práctica, porque nos parece que el gran debate y desarrollo que hoy está teniendo la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD), y que se centra en la consecución de capacidades militares para actuar en gestión de crisis, hay que explicarlos, o de lo contrario ocurrirá lo mismo que nos ocurrió cuando creamos Eurofor y Euromarfor. El ejercicio que estamos haciendo ahora dentro de la UE es infinitamente de más alcance que la creación de Eurofor que, de momento, es sólo un cuartel general que tiene unas fuerzas, ni siquiera asignadas, a las que reúne de vez en cuando para hacer un ejercicio. Pero el llamado *Headline Goal* se dice que va a tener 60.000 hombres, con apoyos aéreos y navales, y elementos de reacción rápida, etc. Y lo que es más importante: que va a tener también las Eurofuerzas. En este sentido, creo que sí podemos crear una cierta sensación de que aquello que estamos haciendo podría ir contra los países de la orilla sur, simplemente por las Eurofuerzas. Así, uno de los objetivos de la presidencia española de la UE espero que sea trabajar en beneficio de un mejor entendimiento entre las dos orillas del Mediterráneo, teniendo en cuenta que la OTAN también está en un momento especialmente curioso. Yo no quiero ser profeta, pero creo que antes de un año la OTAN va a cambiar, y mucho. Y consecuencia de ello, y del impulso que España puede dar al diálogo con los países del norte de África durante su presidencia, es más que probable que el año que viene si tenemos otro seminario de estas características y tenemos que explicar nuestra relación, probablemente ésta no se pinte con tintes tan sombríos.

Cuarta intervención

Alberto Navarro*

Me gustaría compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la cooperación entre la UE y el Magreb. Pero, en primer lugar quiero subrayar la situación que vive la Unión Europea, ya que está en un momento de gran mutación, de cambios profundos. Por un lado, tenemos el euro como moneda única y, por el otro, tras los atentados del 11 de septiembre, se han potenciado los temas de seguridad y defensa, a pesar de las informaciones que difunden los medios de comunicación respecto al desvanecimiento de Europa y a la vuelta a la escena política de los Estado-nación. En este momento se han multiplicado las reuniones en materia de seguridad y defensa, y también en materia de justicia e interior. Algunos estados miembros van a tener que cambiar sus constituciones; aparece el tema de la extradición; vamos a tener una definición común de terrorismo, listas de organizaciones terroristas, etc. Es decir, se están llevando a cabo progresos espectaculares en los ámbitos del segundo y tercer pilar de la Unión.

La UE es una organización única. Es la primera potencia económica del mundo, uno de cada cuatro puestos de trabajo en la Comunidad depende directa o indirectamente del comercio exterior, y por la UE pasa una cuarta parte del comercio mundial. Además, poco a poco pasa de ser un espectador político a un actor político. Se ha hecho referencia a la situación en Oriente Medio, a la búsqueda de una solución pactada entre las partes y EEUU; pero creo que la UE también tiene que estar presente en los acuerdos. Los europeos no podemos limitarnos a la aportación del capital, sino que también queremos jugar un papel constructivo y positivo en el proceso de paz. Lo estamos demostrando diariamente, con hechos y con personas comprometidas, como Miguel Ángel Moratinos y Javier Solana.

Esta UE que se está moviendo y transformando, ahora tiene un gran desafío: culminar la reunificación de Europa, hacer realidad su ampliación con la incorporación de 10, 12 ó 13 nuevos estados miembros, algo que ocurrirá en los próximos años. Con ello

*Director del Gabinete del Secretario General, Consejo de la Unión Europea

pasaremos a ser una Unión que duplicará la población de EEUU, cuadruplicará la de Japón y será, sin lugar a dudas, un actor de primera línea en el concierto internacional.

Respecto al tema que nos interesa, a nuestras relaciones con el Magreb, en mi exposición me voy a limitar a Marruecos, Argelia y Túnez, y dejaré aparte a Mauritania y Libia. ¿Qué es lo que podemos observar cuando miramos al Sur y, más concretamente, a esta zona? Vemos que tenemos unas enormes diferencias de renta, mucho mayores que las existentes entre EEUU y México. Así, mientras en Marruecos puede haber una renta de unos 1.000 dólares per cápita, en la UE nos encontramos con una media de 15.000-18.000 dólares. Y el PNB europeo es 100 veces mayor al del Magreb, y, además, existen unas diferencias enormes en el crecimiento demográfico. En cuanto a las relaciones comerciales, vemos que éstas no son muy importantes para la UE, ya que le suponen sólo el 2% de su comercio exterior.

Ahora bien, podemos afirmar que nuestra estabilidad, seguridad y prosperidad es la estabilidad, seguridad y prosperidad del Magreb. Las interdependencias existentes entre ambas orillas del Mediterráneo son enormes en todos los ámbitos: el demográfico, el comercial, el medioambiental, etc. Pongo siempre el ejemplo de Marruecos: este Estado depende más del mercado comunitario que el propio Estado español, el cual forma parte de la UE. El 75% del comercio exterior de Marruecos se hace con la UE, mientras que sólo el 66% del comercio exterior de España va hacia sus otros socios comunitarios. Es decir, que la economía española está más diversificada, es menos dependiente del mercado comunitario que la economía marroquí. Ni los españoles ni los europeos somos conscientes de lo que nos aporta el Magreb en términos de estabilidad y prosperidad. Otro ejemplo, éste aún más concreto, puede ser el de la empresa textil de Denin, empresa española en Marruecos que produce tela vaquera. Hace unos años, esta empresa en España se encontraba en una mala situación económica y tomó la valiente decisión de trasladarse a Marruecos, de deslocalizarse, en lugar de cerrar y dejar desempleados a los trabajadores que operaban en ella. Hizo una inversión de más de 10.000 millones de pesetas y actualmente importa algodón de EEUU, lo procesa, hace tela vaquera y lo reexporta a la UE donde se comercializa. Las más de 700 empresas españolas que están instaladas en Marruecos –desde El Corte Inglés, Cortefiel, Indo, Fagor a Telefónica–, están creando no sólo prosperidad allí sino también en España. Con todo esto podemos darnos cuenta de que tenemos unas interdependencias evidentes.

¿De qué medios o instrumentos podemos servirnos para conseguir esta estabilidad y seguridad a las que hacíamos referencia? En la UE tenemos experiencia, ya que en esta parte de Europa hace más de 50 años que tenemos paz y estabilidad, y nuestro principal objetivo es exportar esta estabilidad al exterior, así como la prosperidad económica que la acompaña. ¿Qué podemos hacer? Mirando los distintos ámbitos de la UE, o lo que es la Comunidad Europea, el primer pilar, podemos impulsar la integración regional en el Magreb, lo cual es algo bastante difícil. En estos momentos, sólo el 5%-6% del

comercio exterior de Marruecos y de Argelia se hace entre ellos. Además, es absurdo que la frontera entre Marruecos y Argelia siga cerrada. En estas condiciones es muy difícil hablar de integración, cooperación euro-magrebí o de crear un espacio económico y, más adelante, político euro-magrebí.

Voy a apuntar dos ideas para ver si somos capaces en el futuro de impulsar la integración intraregional, intramagrebí y, a la vez, con la UE. La primera se refiere a la creación de una zona de libre cambio. Este proyecto siempre ha sido un pequeño fantasma para algunos estados miembros de la UE, como el español, que adoptan una postura cerrada cuando se toca el tema de las importaciones de tomates o cítricos del Magreb. Creo firmemente en el comercio como creador de riqueza. Hace 10 años, los países en vías de desarrollo tenían los mismos ingresos en concepto de ayuda al desarrollo recibida desde el Norte rico que por actividad comercial. En la actualidad obtienen diez veces más en ingresos por actividad exportadora que por ayuda al desarrollo. Es decir, el verdadero desarrollo viene con las inversiones y con el comercio exterior. En Barcelona hace unos años se elaboró un estudio sobre el impacto que tendría la creación de una zona de libre cambio entre la UE y el Magreb, y quedó muy claro que el país que más se beneficiaría sería España, en términos de creación de comercio, de riqueza y de empleo. Tenemos una asignatura pendiente con nuestra población, porque creo que no va a ser posible seguir manteniendo en 150.000 toneladas el contingente de tomates marroquí. Cuando España entró en la Comunidad Europea, Canarias exportaba una cifra similar y la Península también. En estos momentos, España está ya cerca del millón de toneladas de tomate, y no podemos, tanto por razones morales como por razones económicas, mantener esta situación. Realizar un estudio de ese tipo podría mover un poco las conciencias, tanto en el ámbito de la UE como de España, y hacernos ver que el establecimiento de una zona de libre comercio nos puede reportar beneficios, hasta el punto de proponer adelantar su creación antes del año 2010. Un segundo estudio que creo que es absolutamente necesario realizar es la evaluación del coste del no-Magreb, similar al realizado en Europa en relación a los costes de la no integración económica. Este informe nos movilizó a los europeos hacia la consecución del mercado interior, porque ponía de manifiesto los enormes beneficios que obtendríamos. Un informe similar haría ver a Marruecos, Argelia y Túnez lo que se están perdiendo por no integrarse económicamente. Sus sociedades se darían cuenta de las enormes potencialidades, en creación de comercio y riqueza, que les aportaría la integración regional.

En este ámbito del primer pilar, es difícil encontrar más novedades aparte de las que están en la propuesta de la Comisión para revitalizar Barcelona, es decir, para asociar a los países que tienen acuerdos de asociación con la UE: Marruecos y Túnez en el Magreb, y Egipto, Jordania, Palestina e Israel en el resto del Mediterráneo. De alguna manera, la Unión Europea debe poner cada vez más condicionalidad para fomentar esa integración intramagrebí. No es posible que cada país mire a Bruselas de manera independiente y niegue a su vecino lo que está pidiendo a la Comisión. Se puede citar como ejemplo, para

comprender mejor lo que quiero decir, a la antigua Checoslovaquia: cuando se dividieron la República Checa y Eslovaquia. Lo primero que hizo Eslovaquia fue poner unos aranceles a la cerveza checa, una de las mejores del mundo, para proteger su producción de cerveza propia, mientras ambos países pedían a Bruselas arancel cero para la exportación de cerveza. Es decir, no tiene sentido que sigamos creando barreras y aranceles al comercio.

La segunda idea se refiere al segundo pilar, a la política exterior y de seguridad común. En este ámbito, el diálogo político entre la UE y los países del Magreb en estos momentos es casi inexistente. En este sentido, tenemos que ser más innovadores. Nunca ha estado presente un jefe de Estado del Magreb en las sesiones del Consejo Europeo, mientras sí han asistido hace algunos meses en el Consejo de Estocolmo muchos jefes de Estado de países terceros, incluyendo Macedonia. Pienso que nos interesa mucho más reforzar el diálogo político con nuestros vecinos del Sur que con muchos otros países. En el ámbito de la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD), que trata de la gestión de las crisis, España tiene una oportunidad única mientras ejerza la presidencia de la UE, no sólo para hablar de estos temas en el Foro Euromediterráneo de Barcelona, sino para empezar a desarrollar la dimensión mediterránea de esta política. Al igual que se ha hecho en la OTAN y en la UEO, hay que explicar en qué consiste la gestión de crisis que tiene por objetivo fomentar la paz, porque hay una percepción totalmente negativa por parte de nuestros vecinos del Sur. Hay que explicar lo que estamos poniendo en marcha para traer la paz, qué son las misiones Petersberg, la ayuda humanitaria, etc.

Y, por último, respecto al tercer pilar, sobre los asuntos de justicia e interior, hay que decir que, sin duda alguna, están avanzando muy rápidamente. En este ámbito creo que también tenemos muchos intereses en común, ya que varios millones de magrebíes están residiendo en la UE. Los temas de la inmigración, los visados, la lucha contra el terrorismo, etc., no nos pueden ser ajenos. Aquí la Unión está avanzando de manera desconocida hasta hoy, lo cual se constata a través de las reuniones de los 15 servicios de inteligencia, del logro de una definición común de terrorismo, de la orden de busca y captura europea y de otras medidas. De todo ello tenemos que hablar y discutir con nuestros vecinos del Sur. En este sentido, España tiene una oportunidad única, durante su presidencia, de poner el Mediterráneo verdaderamente en la agenda de la UE, lanzando muchos de los temas planteados.

Para finalizar quiero lanzar una idea que incumbe a los países candidatos a incorporarse a la UE y a los países del Magreb y el Mediterráneo en general. A las jóvenes democracias del centro y este de Europa debería despertárseles el interés por el Mediterráneo. Cualquier acuerdo que se negocie va a formar parte del acervo comunitario, y esos países candidatos lo van a tener que incorporar cuando entren en la UE. Y todo lo que se haga ahora va a ser enormemente positivo porque no habrá que discutirlo después. De ahí que pida también a los países candidatos, a Polonia, a Hungría, a la República Checa, que descubran el Mediterráneo, porque en una Europa ampliada, el Mediterráneo, sin lugar a dudas, va a ser la frontera más importante.

Quinta intervenció

Miquel Nadal*

Sin pretender hacer un análisis exhaustivo, mi exposición se va a centrar en la relación de Europa con el Magreb y, por extensión, en la relación con el Mediterráneo, e intentaré completar los aspectos que creo de interés y que no se han tratado.

Lo primero que quiero puntualizar es que para España la política mediterránea y, en particular, la política hacia el Magreb y hacia Marruecos, de forma muy específica, es una gran prioridad de su política exterior, sólo precedida por la política hacia Europa y la integración europea, incluso preeminente a la desarrollada hacia Iberoamérica. Considero que esa prioridad que da España a la política mediterránea se ha reflejado tanto a través de la vía multilateral, en la medida en que España ha sido desde la UE la gran impulsora junto con Francia de la política mediterránea, en el año 1995 y a posteriori, como a través de la política bilateral, en la medida en que nuestra relación con el Magreb, y particularmente con Marruecos, es la más completa que tenemos con cualquier país del mundo, a excepción lógicamente de la que tenemos con los países de la UE.

Primero empezaré hablando del Mediterráneo en general. Creo que es útil, antes de analizar la política euromediterránea, hacer un diagnóstico de la situación actual de la zona, porque están presentes aspectos positivos, negativos, estructurales y coyunturales.

Un aspecto político, coyuntural, que me parece de primer orden y es consecuencia de la tragedia del 11 de septiembre, es el mayor peso que en el contexto internacional ha adquirido la cuenca mediterránea. Lo acaecido el 11-S nos despierta a la realidad de que el mundo, nos guste o no, está articulado en civilizaciones, o culturas distintas, y concretamente el Mediterráneo es una zona de confluencia cultural clarísima, de confluencia de civilizaciones, de religiones y etnias. El diálogo, más o menos articulado, político, económico y social lo está aportando el Proceso Euromediterráneo de Barcelona. En otras palabras, este proceso representa la estrategia de 27 países (15 de la UE y 12 del Sur) que podríamos simbolizar en una botella medio llena o medio vacía, pero que se ha ido llenando en los últimos

*Secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Ministerio de Asuntos Exteriores, España

años. Y creo que es una oportunidad que tenemos que aprovechar. Desde los atentados del 11-S, la respuesta de la UE debe centrarse preferentemente en el Mediterráneo, que es la zona de confluencia cultural más próxima y más relevante para Europa. Aunque tampoco hay que olvidar la zona de Asia Central, donde está Afganistán y los países que le rodean, ya que Europa ahí también tiene un gran papel que desempeñar. Y si el peso político del Mediterráneo ha aumentado después del 11-S, no podemos olvidar la realidad económica de la zona, que es francamente preocupante. El Mediterráneo es la zona del mundo que en el ámbito geográfico más reducido presenta unas diferencias de renta per cápita más amplias. Unas diferencias que van del 1 al 10, o del 1 al 15, es decir, de unos 1.200 dólares per cápita en el Sur, a los 18.000-20.000 dólares en el Norte. Además, lo más preocupante es el hecho de que las diferencias se están ampliando, incluso después de 1995, incluso después de la puesta en marcha del Proceso de Barcelona. En los últimos seis años, todos los países del sur han ganado distancia en términos de desarrollo respecto a la media de la UE, con excepción de Túnez, Malta, Chipre e Israel. Por lo tanto, es importante que a efectos de diagnóstico tengamos claro que la brecha, en términos económicos o de desarrollo, se está ensanchando. Ante este diagnóstico creo que, en primer lugar, debe reafirmarse, sino la validez, sí la necesidad de un proceso como el de Barcelona. Hace falta una estrategia completa en el ámbito político, económico y social respecto al Mediterráneo. Pero, además, también hace falta un cambio en el enfoque. Sería necesario un compromiso mayor de las dos partes, del Norte y del Sur, respecto a la voluntad de fijar un área de prosperidad común. Y, sobre todo, desde la UE es importante que se refuerze el compromiso, tanto político como económico, hacia la zona. Considero, sin duda, que hay que equilibrar la balanza y cambiar la forma de actuar, presentando propuestas coherentes en un orden temporal, para así evitar el rechazo, ya sea de los países del norte como de los del sur, de diversos proyectos puestos sobre la mesa. Puedo citar como ejemplo la Carta de Paz y Estabilidad. Debe buscarse un equilibrio de intereses, un paquete aceptable por ambas partes.

Puede ser también muy interesante profundizar en las cooperaciones reforzadas, ya que pretender seguir un proceso a 27 en todos los ámbitos puede ser muy difícil, sobre todo en los ámbitos migratorio o de terrorismo. En este sentido, creo que las cooperaciones reforzadas pueden representar una vía para modular las velocidades del Proceso y desbloquear muchas cuestiones que ahora están paradas.

Centrándome en lo concreto, voy a exponer cuestiones de orden económico, ya que sobre la política y seguridad se ha hablado ampliamente.

El Proceso de Barcelona apuesta por el comercio y por la inversión como motores del desarrollo económico. Los fondos de cooperación al desarrollo, lo que son los fondos MEDA, son sólo una gota del vaso de agua que debe actuar como el aceite motor básico que está constituido por el comercio y la inversión. En los dos ámbitos se ha progresado a lo largo de los últimos años, sin embargo hay margen para hacer mucho más. Por ello, una vez firmados los acuerdos de asociación, debe haber un diálogo profundo sobre un aspecto clave

como es el agrícola. Parece difícil que se pueda hablar de una verdadera zona de libre comercio en el Mediterráneo, incluso en el año 2010, si no hay una auténtica liberalización de los flujos agrícolas. Esta es una cuestión que va a exigir mucha pedagogía en los países del norte del Mediterráneo, particularmente en España.

Respecto a la inversión, la situación es más preocupante, porque si bien es cierto que ha habido un flujo de inversión en los últimos años de Europa hacia el sur del Mediterráneo, éste es insuficiente. Los países de esta zona hoy atraen únicamente el 1% del total de la inversión mundial. Es decir, han reducido en un 40% su capacidad relativa de atracción de inversión. Esto es francamente preocupante y debemos preguntarnos sobre las causas de esta situación. Cito el caso de las inversiones españolas en Marruecos y en Argentina. En este último país, las empresas españolas han invertido a lo largo de los últimos 10 años entre 15 y 20 veces más que en Marruecos, a pesar de que Argentina tiene menos población. Podemos argumentar que esto ha sido así porque Argentina no se beneficia de ningún programa MEDA ni existe una zona de libre comercio con dicho país. Pero la verdad es que Argentina ha logrado establecer unas condiciones más atractivas para la inversión mediante procesos de privatización, de regulación, de liberalización económica y, sobre todo, de integración regional. Esta última medida ha actuado no sólo como un motor del comercio, sino también como un motor de la inversión, ya que ha ampliado mercados y ha hecho las condiciones más atractivas. Este tipo de ejemplos pueden ser tomados en consideración por los países del sur para reflexionar sobre su responsabilidad en la mejora de las condiciones económicas. Crear nuevos instrumentos financieros también puede acelerar el flujo de inversión Norte-Sur. Si vemos los instrumentos financieros que existen para promover la inversión en los Países del Este, nos damos cuenta que esos instrumentos no sólo son mucho más ricos, sino que son mucho más variados.

Por último, para cerrar este apartado general del Mediterráneo, quiero lanzar una propuesta relacionada con la parte cultural, la parte social, la tercera cesta del Proceso de Barcelona, ésta es, la necesidad de hacer llegar este proceso a ámbitos más amplios de la sociedad, a los jóvenes, a las universidades, a los medios de comunicación, etc. En este sentido, estamos trabajando conjuntamente con Suecia en un plan de acción que pueda ser aprobado con ocasión de la Cumbre de Valencia de abril de 2002.

Centrándome ya en el Magreb, y particularmente en la relación de España con Marruecos, quiero subrayar que para España esta relación es prioritaria y para ella se destinan gran cantidad de recursos, tanto políticos como económicos. Marruecos es hoy el primer receptor de cooperación española en todo el mundo, por delante incluso de los países iberoamericanos. Marruecos es el país que, en términos de instrumentos económicos y financieros, tiene las mayores facilidades de cuantas ofrece España a otros países del mundo, y también con el que tenemos una relación cultural más intensa. En todo caso, la política es la relación más importante que tenemos, y ha ganado en relevancia a lo largo de los últimos años. Aunque, ciertamente, en los últimos meses se ha asistido a un enrarecimiento

de la relación, pero en buena medida por el hecho de encontrarnos con nuevos retos que tenemos que afrontar, como el migratorio, el de la situación que atraviesan ciertas inversiones españolas en Marruecos o en Argelia, y también el de la creciente comunidad magrebí, concretamente marroquí, residente en España, etc. Esta comunidad ha pasado en apenas cinco años de 50.000 personas a cerca de 250.000, a través de un proceso de regularización muy importante.

Sobre la cuestión del Sáhara, este tema siempre ha estado latente en la relación de España y Marruecos. Y sobre él la posición de España no ha cambiado desde hace mucho tiempo. España mantiene la opinión de que la solución debe encontrarse en el marco de las Naciones Unidas y ha de ser pactada, es decir, no puede venir de la mano del plan de arreglo, porque el referéndum no es aceptado por las partes y además tiene una serie de problemas técnicos muy importantes. Por todo esto, es urgente explorar vías alternativas, presentadas por Marruecos u otros actores implicados, al objeto de desencallar el tema. España está absolutamente dispuesta a colaborar en esa solución, pero contando con todas las partes de la controversia. La solución pasa por un acuerdo entre Marruecos, Argelia y el Frente Polisario, como representante del pueblo saharauí. España, como es obvio, está interesada en el desarrollo económico del Magreb, también en su desarrollo político y en la consolidación de la democracia, particularmente en Marruecos. En relación a este país, España es muy consciente de que está en una fase de transición muy delicada e importante; que es el país del Mediterráneo que se encuentra en la etapa más avanzada de transición política, económica y social, superando a Túnez, Argelia o Egipto. Quizá Jordania sería el único caso que admitiría ser comparado. Por todo ello, España apoya este proceso de transición, y es a la vez muy consciente de que la consolidación económica y política de Marruecos pasa por la estabilidad de la institución monárquica.